



Paganismo cesariano

«Las cosas de Palacio van despacio»—dice un viejo dicho decidero castellano. Pero a las veces tan despacio, tan despacio, que no van sino que se están. Y se están mientras lo demás marcha, mientras se renueva el ambiente en torno de ellas. ¿Cambiar? ¿Sería claudicar! ¿Arrepentirse? ¿Sería humillarse! Qué esperen, pues, los liberales españoles su hora y que la esperen cruzados de brazos y boquiabiertos como unos papanatas. ¡Pero no boquiabiertos para hablar, eso no!

Romanones, el de la monarquía íntegramente democrática—recordad lo que escribió en su libro sobre la patria y el ejército y que tantas veces os lo hemos recordado—; Romanones, el que quiere que los conservadores liquiden no sabemos bien que obstáculo; Romanones se hace acaso la ilusión de poder liberalizar y democratizar al régimen actual. Lo creemos ya imposible, y más desde el desastre de Annual, de vísperas del día de Santiago Matamoros del último año. Ese desastre nos planteó el problema de la responsabilidad histórica y moral de la irresponsabilidad constitucional, y ese desastre acabó de cerrar el paso a la liberalización—que habría sido acaso su liberación—del régimen. Desde entonces toda la actuación de los sedicentes liberales dinásticos es pura ficción, es comedia, es insinceridad.

Y en tanto los otros, los reaccionarios, los católicos por antonomasia, los que de católicos, esto es, universales, nada tienen; los de la Gran Campaña Social—la Gran Camama Sanchopancesca—

aprietan cuanto pueden. No que ellos sientan ningún fervor dinástico. Saben muy bien a qué atenerse respecto a los verdaderos e íntimos sentimientos de aquel a quien bloquean y azuzan. Pero se dicen: «Ya no tendrá más remedio que echarse en nuestros brazos».

Eso, ni es catolicismo, pero desde luego no es cristianismo. Eso es paganismo puro. Porque lo esencial del paganismo era ser religión de Estado, oficial, y no en tiempo del Imperio Romano cesáreo. Hasta llegó a adorarse al emperador como a un dios. El ciudadano romano podía tener las creencias que quisiera y exponerlas públicamente; pero cuando por su cargo público, de Estado, le tocaba ejercer alguna función sacerdotal, sacrificar a los dioses, tenía que hacerlo. La religión era cosa profana, era cosa de Estado.

Y aquí empiezan a soplar vientos de paganismo. Hace poco que el ministro de Instrucción pública ha pedido, de una minoría de estudiantes puestos bajo el patronato de Palacio, declarar fiesta oficial del Estudiante el día de Santo Tomás de Aquino, a pesar de lo cual se dieron no pocas clases, por lo menos en Madrid y en esta Salamanca—yo dí la mía—, a requerimientos de la Asociación General de Estudiantes, de la que aquí forman parte los más de los socios de la Academia de Santo Tomás de Aquino, establecida en el Convento de dominicos de San Esteban. Y estos académicos de Santo Tomás de Aquino, católicos por lo tanto, asistieron a sus clases y luego celebraron a su patrono. Pro-

ORGANO DEL PARTIDO OBRERO

testaban así de que se les quisiera imponer de real orden, por el Estado, a la pagana, una fiesta que en otro caso habrían guardado tal vez por piedad y libremente. Defendían la libertad de la conciencia cristiana. Porque la conciencia cristiana no puede tolerar que se trate de imponerle por el Estado y a la pagana sus deberes religiosos.

Lo característico de esa real orden pagana es que la Asociación de Estudiantes sedicentes católicos, y que no son más que jesuiticos, están bajo el patronato de Palacio. Y no se trata de defender la religión, ni siquiera la ortodoxia romana, sino de apuntalar el trono.

Todo lo cual ha provocado el que vuelvan los tiempos de tradicionalistas, integristas y mestizos. Esa Gran Camama Sanchopancesca en que el régimen ha

metido al episcopado, en vez de unir a los católicos va a dividirlos. Volvamos a los tiempos de Sardá y Solvany. Ya el señor Senante se sacude de este nuevo episcopalismo, según la genuina tradición integrista, hostil al paganismo cesariano del episcopado. Y esto lo sabemos los que aquí, en Salamanca, asistimos a las luchas entre los integristas y los prelados.

A mala tabla se agarran en Palacio. Pero ¿cuál otra les queda?

Y ahora volvemos a repetir nuestra cantinela, y es que hoy, en España, no cabe ser liberal y monárquico. Ni cristiano y monárquico. Porque todo eso de la Gran Camama Sanchopancesca—G. C. S.—es paganismo cesariano y nada más.

Miguel DE UNAMUNO

